



En torno a Luis Alberto Heiremans*

Egon Wolff

Dramaturgo
Profesor Escuela de Teatro U.C.

En cada cierto paso del tiempo, en medio de las obstinadas revoluciones que describe el planeta, nace en la tierra, en diversos puntos, una luminaria, que con sus destellos alumbró el alma del pueblo en que le tocó surgir. Son los poetas, frágiles figuras en el quehacer de la vida, que con sus visiones y creaciones, van dejando un reguero de luz que la historia recoge agradecida, porque constituyen como la voz de su pueblo, que sin ellos permanecería muda.

Uno de nuestros poetas fue Luis Alberto Heiremans Despouy, nuestro Tito, amigo querido y recuerdo vivo en tantos de nosotros. Hoy nos reunimos para volver, no diría a recordar su imagen porque está demasiado viva en cada uno de nosotros, sino para comunicarnos con él, y recordando juntos el pasado, traer su luz.

¿Qué imagen surge de Tito, cuando nos

ponemos a la tarea de querer concretarla en conceptos? Desde luego, y antes que nada, su fugacidad. Tito surgió, y se fue, y dejó su estela de luz, pero fue un destello demasiado breve. Injusta, absurdamente breve diría, aunque en su corto paso de 36 años, nos dejó tanto de su espíritu y de su generosidad. Hablaba hace un rato de su luz, y cuando pensamos en luz, pensamos en relumbres, porque qué es la luz, sino vibraciones, y qué son las vibraciones sino alegres chispazos de la energía, de los cuales brota el calor y la clarividencia. Tito pasó como un reguero en medio de la fugacidad de las cosas, pero su obra está ahí, dándonos la energía de su calor creativo, de su inteligencia gentil, de su serenidad y de su amor por los hombres.

Otra imagen que nos surge junto a la anterior, es su serenidad, esa rara cualidad del alma humana, que nos permite despejar el humo de las pasiones que tanto nublan la inteligencia y el entendimiento entre los hombres. Tito era sereno. Nunca sabremos cuánto le costó serlo, porque eso es algo que cada poeta guarda en lo recóndito de su inviolable

* Publicamos esta conferencia, realizada por Egon Wolff hace algunos años en el Teatro de la Universidad Católica, ya que en 1989 se conmemoran 25 años de la muerte de Luis Alberto Heiremans.

interioridad, pero a los poetas nunca les cuesta poco ser serenos, porque la misma fragilidad de su rebeldía de ver tanta tristeza, y la misma explosividad de su dolor de sentir tanto amor, les inclina a ser expansivos y violentos en sus expresiones. Pero Tito era sereno, y ésa es su imagen, que surge y que, siempre, cuando pensamos en él, calma nuestra frente. En él, todo siempre se ordenaba en una lógica tierna, que surge al no aplicar juicios al dolor de los hombres, porque Tito no juzgaba, porque sentía demasiada compasión para hacerlo, y porque en la más profunda interioridad de su inteligencia, sabía que la justicia de los hombres es injusta, porque la vence el tiempo y la relatividad de las cosas, y porque en el mal y en el error, los hombres nos hacemos hermanos.

Tito sabía eso. Lo acusaba el ancho de su frente, al mirarlo, y la belleza armónica de su rostro. Porque Tito era un hombre hermoso. Daba gusto verlo. Su frente era ancha, amplia y hermosa, tal vez porque estaba tensa de tantas ideas que le agitaban. No lo sé, pero el hecho es que a Tito daba placer verlo y estar con él, y eso podrán corroborarlo tantos de los que lo conocieron.

Hasta su caminar era armónico y sereno. Nunca, tal como su espíritu, se destemplaba, ni siquiera en sus gestos; su presencia física no era otra cosa que el trasunto de esa serenidad a que me refería anteriormente, pues Tito tenía certezas que vigorizaban su espíritu, y que era la certeza de que más allá de la cáscara de la vida, estaba ese Algo que sostiene la sombra de los vivos, y que es la presencia de Dios en el firmamento de la vida. Un Algo que no necesariamente radica en el más allá, sino en los profundos cursos del alma y de la materia.

¿Cuáles son las constantes poéticas de este amigo nuestro? El mar y las estrellas. La cruz y la fugacidad. El mar como símbolo de la inmensidad y del reposo. La estrella como expresión de la necesidad de una guía en la oscuridad de las razones humanas. La cruz como símbolo del sacrificio doloroso y redentor, y la fugacidad como manifestación de la fragilidad del Todo; símbolos elementales, que, combinados con otros en su creación, van entregando una atmósfera de fantástica funcionalidad, que en el conjunto define la poética dramática de L.A. Heiremans, y lo aleja del realismo puro.



Luis Alberto Heiremans

El espíritu fue su punto de partida. Hacia él, convergen todas sus visiones. Hacia el espíritu del hombre, sin carne, liberado de cuanto lo ata a su materia y lo empequeñece en su perfección. La estrella, el mar, el vía crucis del dolor, con la cruz a cuestas, son los caminos para llegar a comprender, algún día, lo que está oculto a los ojos de la carne. Sólo el amor, que posee la capacidad de transformar las cosas, porque lleva en sí la simiente de la gestación de todo lo positivo, es la compañía que anhela el solitario habitante de casi todas sus creaciones.

Luis Alberto se enlaza con García Lorca, con Michel de Castillo, con Saint Exupéry, con Italo Suevo, en eso de barrer el cielo persiguiendo los espejismos de la perfección espiritual. Hermanos en el fulgor. Hermanos en la evanescencia de la luminosidad del alma. Todos ellos ven lo esencial tras lo visible, trasmutando la vida en estética y en razón existencial. Todos ellos co-existiendo en el misterio y extrayendo imágenes del mundo inmaterial, allá donde la lógica sucumbe y la razón se vuelve árida.

Pero veamos algunos aspectos de su vida, en un intento de comprender al poeta.

Nace Tito un día 14 de Julio de 1928, en un hogar de viejo tronco flamenco, formado al amparo de un molde de vida austero, dedicado al trabajo y a

la creación de cosas. Se dio en él la combinación de circunstancias, tan frecuente en la formación de otros poetas de extracción burguesa, de una imagen paterna conservadora de viejos valores y tradiciones familiares, los Buddenbrock de todos los tiempos, y una influencia materna que alimentaba las demandas de su desarrollo espiritual.

Provisto de esa doble influencia, ingresó Tito al Grange School, donde terminó sus estudios secundarios, y luego a la Universidad de Chile a estudiar Medicina, pero ya en su espíritu se manifestaba, en todo ese período, la inquietud creativa, que alternaba con sus estudios, y es así que ya en 1940, a los doce años de edad, publicaba sus primeros cuentos en revistas de la época. Su paso por el colegio inglés agudizó sus condiciones de trabajo, su sentido de la responsabilidad, y sobre todo, esa contención ascética que haría, después, de su ser un contemplativo introvertido y sensible, ligado a un fino sentido del humor y a una sutil ironía ante las flaquezas de los hombres, lo que sería su sello distintivo para toda la vida. A los 15 años muere su padre, y eso hace volcar en Tito, toda su atención en la madre que quedaba sola, y que, de ahí en adelante, compartiría y alentaría la producción literaria del joven autor.

¿Qué fue lo que decidió aquello? Desde luego, como ya decíamos, manifestó Tito desde muy temprana edad una inclinación a la literatura, que se evidencia en la elaboración de una gran cantidad de cuentos, que ya en 1952 dio lugar a algunas publicaciones compendiadas. De esa época son sus cuentos **Los demás** y **Los niños extraños**, en todos los cuales plantea los problemas que le preocupaban, vale decir, el de la personalidad frente a la comunidad, el del hombre frente a sus semejantes. Pensaba que ninguna vida puede vivirse aisladamente, que, querámoslo o no, estamos metidos en la maraña, junto a los demás. Nos muestra en ellos a seres que viven en comunidad, pero que es sólo una comunidad externa, de seres que viven la peor de las soledades: la soledad en compañía. Sucede así con la familia de Juanito en **El gran silencio**, y del matrimonio en **La muerte**. Nos muestra él también a seres que procuran huir de la rutina de sus vidas, evadiéndose a un mundo de fantasía, lejos de su destino chato, sin

horizontes. Sucede así a Enrique y Laura en **La primera mentira**, y al Sr. Cordero en **Los grandes destinos**. En otros es la búsqueda del amor, como justificación de vida, la que va diseñando el fino tejido de la trama, como Pedro Idel en **El secreto de Pedro Idel**, o de Juanito y Roberto en **Una carta para Juanito**. Amplio abanico de preocupaciones que describen la inquietud que ya se agitaba en el espíritu del joven autor. Proyección de su anhelo de comunicación, y, al mismo tiempo, anticipo de la visión social que iba tomando su veta creativa, y que lo predisponía para incursionar en el Teatro, arte de comunicación social por excelencia.

¿Qué fue lo que decidió a Tito a pisar sus primeras tablas? ¿Qué contacto humano, cuál influencia ejerció sobre él la varilla mágica que lo atrajo a nuestro redil, -miel funesta de la cual tan difícilmente se escapa- y del cual ya no pudo desembarazarse más, hasta el día en que nos abandonó? El que dice estas palabras no lo sabe, porque no compartía la vida de Tito en esos años, pero esa influencia debe haber existido, ya que un día se asomó a una sala, y desde entonces lo tenemos entre nosotros, participando para siempre con su imagen y su labor en la creación del teatro chileno.

En 1949 lo encuentro ya incorporado en ese medio, ensayando aún tímidamente sus condiciones de actor en **Pelleas y Melisande**, y luego en **Calígula** de Camus, para proseguir posteriormente actuando en **Ana de Austria**, dirigida por Tobías Barros, y en **Anatol**. Pero la actuación no le basta a su espíritu inquieto y creativo y vemos así como ya se comienza a leer sus primeras obras para el teatro: **La simple historia**, **Noche de equinoccio**, **La eterna trampa**, que la estrena Américo Vargas. Prosigue actuando en **La casa de la noche**, y junto a nuestra Silvia Piñeiro en **A media luz los tres**.

Son también, de esta época, sus traducciones y adaptaciones de algunos textos de Henri Gheon, que ejerce una fuerte influencia sobre él, ya que se produce, aquí, un caso de parentesco espiritual, producto de biografías muy similares. Gheon, con su imaginación desbordante y su destreza en usar los recursos teatrales del canto, la mímica y la danza, expande el horizonte creativo de Tito y lo incorpora de lleno en la expresividad escénica más fantástica del

teatro presentacional. Es de esta etapa su **Navidad en el circo**, que influirá fuertemente en sus creaciones posteriores, vale decir, **El tony chico** y otros.

Conviene decir, aquí, tres palabras sobre el momento propicio en que Luis Alberto comienza sus escarceos en el teatro, ya que es la época en que se ven perfilar los primeros productos acabados de la gran influencia que el movimiento teatral universitario ejerció sobre todo el desarrollo del teatro chileno, hasta nuestros días. Recordemos que eran los años de la década del 40 y 50, décadas fecundas en ese aspecto, porque se fundan en ellos y se consolidan los teatros que, al amparo de la U. de Chile y la U. Católica de entonces, van a dar aliento serio a todo el despliegue de destreza escénica que aún apoya todo lo que de teatro vemos hoy en nuestras tablas.

Se funda el Teatro de la Universidad Católica en Octubre de 1943, un poco después del de la U. de Chile, y a él se incorpora Tito, en sus primeros tiempos, ofreciéndole su cooperación entusiasta. Son los teatros que ven germinar la primera siembra que la Xirgu, y luego Luois Jouvét, realizaran en nuestro ávido terreno teatral. **Doña Rosita la Soltera y Bodas de Sangre** de García Lorca, por la Xirgu, en el Municipal, encienden hogueras en el alma de nuestra juventud de ese entonces, que tenía aún la virtud de dejarse encender, y de ahí, el movimiento que se pone en marcha, por emular su destreza y su magia teatral, no se detendrá hasta ahora. Había que estudiar eso, y trabajar, se piensa, y Tito se agrega exaltadamente a esa gestación juvenil y vigorosa. A nadie escapa la importante contribución que el Teatro de la U. Católica ha aportado al desarrollo del teatro chileno. Un largo camino se ha recorrido desde aquel día en que Pedro Mortheiru, junto a un grupo del Coro de la Universidad Católica, por encargo del siempre recordado Rector don Carlos Casanueva, y con la colaboración entusiasta de Roque E. Scarpa, montan **El peregrino**, autosacramental de Joseph de Valdivielso, al que sigue **El abanico** de Goldoni y las más de cien obras, del largo historial de ese plantel de enseñanza y difusión del teatro.

La puerta quedaba abierta, para que por ella pasaran los dramaturgos chilenos, a vitalizar nuestra literatura escénica, y a esa procesión se agrega Tito. Hay que subrayar el hecho de que es este grupo, muy

en particular, el que da mayor aliento al desarrollo de nuestra dramaturgia, desde el día en que, en 1958, y bajo la tutela entusiasta de nuestro nunca olvidado Director Eugenio Dittborn, deciden estrenar exclusivamente obras nacionales, para dar amplia ocasión a que los autores chilenos, desaparecidos y presentes, tuvieran escenario donde probar sus creaciones. Es así como Santiago del Campo, Camilo Pérez de Arce, Sergio Vodánovic, Gabriela Roepke, Roberto Sarah, Isidora Aguirre, David Benavente, Juan Guzmán, nuestro recordado Tito, y tantos otros, tuvieron un lugar donde aprender el difícil oficio.

Con Luis Alberto se inicia la corriente de teatro netamente chilena en el TEUC, cuando en 1957 le estrenan su **Jaula en el árbol**, a la que siguen después **Sigue la estrella**, **Los güenos versos**, la comedia musical **Esta señorita Trini**, en colaboración con Carmen Barros, **Es de contarlo y no creerlo**, **Versos de ciego** y **El tony chico**. Sin embargo, los caminos no están cerrados para que los autores nacionales puedan probar sus obras en otros escenarios, que no sean los de su propia casa, y es así como el teatro Experimental de la U. de Chile -que en el desarrollo del buen teatro chileno no andaba a la zaga del grupo del TEUC, aunque sin darles ellos especial énfasis a lo nacional- le premia en 1961 su obra **El abanderado**, que para algunos es la obra más acabada de Tito, y que estrena al año siguiente en la Sala Antonio Varas, con un elenco formado por sus mejores figuras del momento, y dirigido todo ello por Eugenio Guzmán.

Versos de ciego, una de sus obras más maduras, le significará el acceso a escenarios europeos, cuando el Teatro de Ensayo la elige para representar a Chile en el Festival de Teatro de las Naciones en París. Posteriormente, esta obra fue estrenada en Madrid, con igual buen éxito de crítica.

Varias publicaciones de editoriales chilenas, que compendian algunas de sus obras o las incluyen en antologías, coronan su labor de escritor.

Nada le había sido negado, aparentemente, a Tito. Inteligencia, distinción, sensibilidad y presencia física. Parecía un elegido de los dioses, pero en la línea de su destino asomaba un signo ominoso, y que era el de su fugacidad, como ya

decía anteriormente. Casi parecía como si hubiese querido agotar en su juventud, con todos los dones que la juventud otorga, apurando la copa, disfrutando con pasión los dotes de su sensibilidad. Tuvo, sin embargo, Tito, el pudor necesario para no volcar, en llanto o en grito, la agitación espiritual que le consumía. Es así como no había en él nada desmesurado, ni denso, ni violento. Toda su obra está teñida por ese anhelo de decirse, sin que se advierta el dolor o la herida del poeta que había en él, y es por eso que toda su obra está impregnada de una callada y discreta vibración dolida, y de un fino y desesperanzado humor sutil. Su figura adquiere, para nosotros, a la distancia, la consistencia de una niebla luminosa, como de una estrella que se esboza, sin dar toda la luz que lleva en su seno.

Pero veamos ahora algunos aspectos, muy someros, de las tres obras que constituyen su trilogía más apreciada, **Versos de ciego**, **El abanderado** y **El tony chico**.

En todas ellas se dan algunas constantes. ¿Cuáles son? En primer lugar, en Tito se da el poeta en el dramaturgo; ambos se entrelazan y eso permeabiliza toda su obra. Tito recoge el alma del pueblo, simple, directo, elemental, como pocos lo han hecho, en su generación y las anteriores. Y no es el pueblo, así en términos peyorativos, con P mayúscula, como suelen manosearlo aquéllos que se apropian de él, como una entidad abstracta, sin rostro, más para denunciar abusos, ofrecer prebendas, y ganar apoyo, que para quererlo, así, simplemente. Tito, en cambio, habla del pueblo, con minúscula, aquel conglomerado de hombres, mujeres

y niños que tienen cara, miran a los ojos, ríen y lloran, pelan papas, tejen redes, tienden la ropa, ahuman pescado, miran las estrellas y sueñan. Ese pueblo. Un pueblo que no es más de Cachapoal que lo justo y necesario y que no marcha con banderas. La obra de Luis Alberto Heiremans significa un profundo amor al hombre. Con infinita piedad discurre de la criatura humana que sale a la vida, atada de pies y manos. No hay, en sus hombres, ni cosa concluida, ni definiciones categóricas. Sus hombres, simplemente, ocurren, con debilidades, con pecados, con temura.

Por algo elige a las prostitutas como sus personajes más queridos. Son ellas, seres de candor, que la vida burla cruelmente, pero que, sin embargo, saben aflorar del dolor con natural resignación. Está, ahí, la Sonia, la niña vieja del **Tony chico**, la "Pepa de Oro", la valerosa madre que esconde su identidad frente a su hijo, para no herirlo, etc. Hay toda una apretada simbología en este desfile de seres que guardan restos de la forma humana y que nos parecen, a ratos, como las vírgenes necias, que atesoran muy en el fondo de sus almas, las llamas del amor.

Luis Alberto no construye personajes sobre una veta psicológica. Al menos, eso no parece interesarlo mayormente. Sus tipos son más bien como alegorías de seres humanos puros, de elemental raíz, que viven sus vidas, humildemente, y con eso hacen mundo. Nada más. No tienen, por ello, sus obras una trama bien construida, mecanicista y previsible. Sus obras suceden arriba de un escenario, por imperativo de la necesidad escénica, y terminan por ser como pequeñas leyendas, poéticas, sutiles,

"Versos de Ciego" de Luis A. Heiremans, estrenado por el Teatro de Ensayo de la UC en 1961 en la sala Camilo Henríquez. Director: Eugenio Dittborn.



humorísticas y amorosas.

Versos de ciego

Estrenada en 1961, su tesis es simple: el hombre embarcado en eterna búsqueda de un mundo superior, que le permita derrotar a la muerte. Anhelado de una vida distinta, significativa. En esta obra la imagen artística consigue igualar su sentido con la idea que simboliza, y el símbolo se encarna, de tal manera, que para algún público no llega con toda la carga metafórica que posee, porque no se acerca a tipos fácilmente identificables. Lo que se persigue es una estrella, nuevamente la estrella siempre presente en el teatro de Tito. Se quiebra la faz mundana y temporal del hombre, y se parte en busca de una luz, pero no es una búsqueda fácil, porque debe vencer las tentaciones que se le cruzan en el camino: la debilidad, el dinero, la muerte. La estrella significa la esperanza, y su símbolo encierra el sentido de lo que cada uno de nosotros anda buscando en la vida, unos bajo el manto protector de Cristo, otros, desnudos, en la escueta proyección de sus propias manos. El nudo central se mantiene con los cantos del trovador ciego, que glosa cada escena, interpretando los hechos que suceden, y haciendo de agorero de lo que inevitablemente sucederá, especie de reminiscencia del coro griego, inserto aquí en una formalidad suelta, sin orden ni sujeción a norma alguna, producto del libre fluir del destino de los que avanzan.

Tito emplea aquí la estructura épica en su narrativa, en que los peregrinos, cual un rosario, van uniendo el tiempo en episodios conexos. Nada parece premeditado en su esqueleto dramático. Hay un eterno fluir de situaciones, al amparo de lo impredecible. Es *Versos de ciego* un bello símbolo dramático en torno a ese peregrinar hacia la gran verdad.

¿Qué representan los personajes de la obra? Melitón, Buenaventura y Sebastián, tres músicos trashumantes, repletos de humanidad, van por ahí, cargando sus andrajos, con sus platillos de oro y saquitos de mirra, rasgando tinieblas, buscando la luz de la estrella, tal como los Reyes Magos lo habían hecho en Belén. Melitón duda, pero tiene esperanza. Sebastián posee la fe del hombre bueno.



"Versos de Ciego" de Luis A. Heiremans, estrenado por el Teatro de Ensayo, UC, en 1961. Director: E. Dittborn.

Buenaventura es el pecador que debe romper las cadenas de su carne, para hacerse digno de la fe. Lo ayuda, en eso, la Juana Buey, la eterna Juana Buey que está en la vida de todo hombre, soñada o real, pero siempre deseada. Juana Buey es la madre tierna, rústica y elemental, en que brota la semilla del amor. Es, al mismo tiempo, el buey humilde que calienta el rostro del niño en el pesebre, con su aliento tibio y su cansada humanidad. Está también Perico Burro, otro bienaventurado del pesebre, que con su sabiduría primaria guía los pasos de los peregrinos extraviados, porque es lo suficientemente manso de espíritu, como para ver a Dios. Y está también Oliverio Pastor, el profesor primario, casoso y calvo, guiado por su benevolencia cansada y está la Abuela que une a la tierra, la metáfora de este grupo de extraviados. Y está la estrella, en pos de la cual se camina. En el Sinaí, tenebroso de blancura, de sal y de soledad, una luz alumbra el final de la ruta, donde está el santuario de la paz para los hombres que tienen fe. Un niño les espera con los brazos abiertos, tendido en la paja.

El abanderado

La hechura cargada de símbolos de *Versos de ciego*, sufre una profunda dislocación en *El abanderado*, su otra obra de la trilogía, al ser presentado su problema desde un ángulo



"El Abanderado" de Luis A. Heiremans , estrenado en 1962 por el ITUCH. Director: Eugenio Guzmán.

eminentemente humano, donde los personajes valen por sí mismos con toda su carga dramática. Siempre hay una búsqueda, es cierto, porque Tito siempre andaba a la caza de respuestas, pero ya ese diálogo entre el ajusticiado pecador que marcha al cadalso y la procesión de Mayo, con la cual se cruza en su camino hacia la muerte, tiene en sí toda la carga de lo que sucede, aquí, en la tierra. Ambos caminos se entrelazan nuevamente, de aquél que es llevado a enfrentarse con su verdad final y aquéllos que avanzan guiados por su piedad, porque en Tito siempre alguien se cruza con alguien y es iluminado en ese encuentro, y al final habrá una respuesta que puede guardarse entre las manos y tocarse con los dedos.

El abanderado, Juan Araneda López, es hijo de prostituta pueblerina. Nacido al borde de una sociedad dura que ha castigado su carne desde su nacimiento, por haber sido concebido en pecado, ve el mundo desde su cuna como un hato de seres enemigos de su vida, y en esa contemplación, agresiva y recelosa, va perdiendo a Dios. Los cuentos de su infancia difícil, nos llenan de un dolor sordo, por todos aquéllos que nacen condenados, sin saberlo. Es una infancia de puños y labios apretados y pecho duro, en la cual nada tiene que ver la Comarca del Jazmín, pero es, al mismo tiempo, el inicio de una vida

marcada por la redención, porque sólo los que sufren le interesan a Cristo, porque en Cristo se hace hermano aquél que marcha hacia el exterminio por el camino de las espinas y las llagas. Tito recoge eso, con su gran compasión por los que sufren. Y talvez se preguntó si ese puñal del que mata, no va guiado por una desesperada ansia de comunicación, como si mano y corazón se unieran en esa hoja de metal frío, y como si el grito de muerte del que expira, no fuese otra cosa que aquella voz, capaz de traspasar el atroz aislamiento de los cuerpos.

La estructura de la obra es simple. Epica narrativa nuevamente, como los pasos en el Gólgota. No hay aquí héroe trágico a la manera de Esquilo, ni rebelde cargado de proyección social, a la manera como lo podría haber tratado un autor menos inteligente y más premeditado, sino, simplemente, un hombre y su vida, y si hay algo trágico en ello, es la contención con que ha sido tratado su dolor. Juan Araneda López, si es un fanático de algo, lo es de su libertad. Libertad hasta para matar, y llegar, así, al corazón de aquél con el cual no puede unirse, y libertad para morir por ese acto, como un hombre. Historia repetida de tantos gañanes duros de nuestra tierra. Para él no hay amor, luego la salvación no será posible, pero lo que sí hay, en la nebulosa del más

allá, es una Algo que está más allá de su muerte, hacia el cual vale la pena enderezar; lo acusan y condenan, pero son tan pecadores como él -piensa Araneda-, aunque esconden su mano tras el velo de la simulación, porque son ellos, que, con su juicio inclemente, lo han acorralado en su jaula. Tito toma partido de aquéllos que deben ser purificados de venenos y fariseísmos, sean ellos el asesino que mata por des-amor, o el juez que lo juzga, y ese partido que él toma, es lo que hace de él, un poeta.

Frente a Araneda, está la figura de su madre, Lucía López López, la "Pepa de Oro", prostituta que lo engendró para que sufriera, y que lo abandonó a su soledad triste, desde donde surgió el hombre que después iba a abrirse paso a golpes y cuchillo. Lucía López dio a luz por ignorancia o por un resto de amor a aquél que siempre mentía, y que, un día, partió, tal como llegó, para no volver más. Historia cíclica siempre repetida, en la biografía del hombre chileno, que nace traicionado para que, a su vez cuando sea su turno, traicione a la mujer que se le entrega.

Y está la Cornelia, símbolo de la vida que llega a pesar de las contrariedades. Ante ella, el abanderado Araneda ejerce, aunque brevemente, esa ternura agazapada en su espíritu agrio, esa capacidad de amor de la cual no está privada ningún hombre. Es para Araneda, "la que no se rompe", la que es distinta a la ponchera de cristal de su madre, que un día lo cambió por una pepa de placer. Aletea en ella, el bien, que Tito intuye en cada ser, y que hace de lo delincuente, sólo una corteza.

Y frente a todos estos seres redimibles, están las dos figuras torvas de Bruna y el Tordo. Bruna, el Pilatos. El Tordo, el Judas Iscariote que delata y traiciona. Par de miserables que ejercen el poder por ejercerlo, sin convicción ni ideal alguno. Simplemente, como expresión de su propia bajeza y cobardía, porque no saben a qué otra cosa aplicar sus vidas. Son los eternos cascarrones, vacuos de toda dignidad, que degradan la vida de los otros, porque por miseria, no son capaces de intuir otro objeto a la vida.

Todos los personajes del

Abanderado, van cumpliendo una misión en el proceso de la vía y la crucifixión. Lo humano confundido con lo divino, entremezclados en esa procesión del Cristo de Mayo. Las prostitutas, cual Magdalenas, acompañan el paso a su calvario. Es obvio condenar al culpable. Tito lo redime porque es un poeta, y es capaz, por ello, de ver el alma rumorosa y acechante del que sufre.

El tony chico

He aquí una obra en que la muerte está tratada, no como negación y fin, sino como plenitud, intuida desde la niñez, sentida en la adolescencia y ansiada dolorosamente, durante la vida. Es el calvario de Landa, el solitario, que ha visto un mundo esclavo del mal y del egoísmo y que, a través de su propia muerte, ha de emerger hacia aquella región donde todo es armonía. Aquí la angustia de su existencia alcanza a Tito alturas relevantes, hasta convertirse en símbolo de su pasar por la vida.

Hay en esta obra, como en las dos anteriores, un empleo indiscriminado de símbolos, recuerdo del autosacramental y de los Mystery plays que anteceden el teatro isabelino, tal vez porque en esas formas olvidadas, encontró Tito la matriz precisa donde volcar su poesía teatral.

Es en esta obra donde la muerte resulta algo insano, no buscado y urdido por un destino, en el cual la voluntad del hombre no es considerada para nada. Pero es a la vez la obra donde, mediante la muerte,

"El Tony Chico" de Luis A. Heiremans, estrenada por el Teatro de Ensayo UC en 1965. Dirección: E. Dittborn.



se rompe con lo real y se establecen lazos con un mundo entrevisto sólo en los momentos de comunicación con el más allá. He aquí una escala del caminar místico que Tito había de recorrer en su tan corta vida. "Tengo que irme. Tengo que ir a buscarlos. Tengo que volver a encontrar mis ángeles. Con ellos se borró el dolor" -dice Landa. Son los ángeles, las presencias blancas, que ordenarían las cosas, que llenarían de certezas, el aparente absurdo de la muerte.

Sin embargo, es en esta última obra de Tito, donde asoma más fuerte la imagen del hombre existencial sartriano. Asoma a ratos una leve duda, una compulsión de rebeldía ante lo incomprendible que aparece todo, lo misterioso, ya que al hombre le es dado vivir con tanto y aparece, entonces, la muerte llevándose todo, tan brutal, tan irreflexivamente. Es también la primera vez, en esta obra, que Tito se sumerge en el hombre carne, hombre mortal. No es aquí, ya, la evasión hacia una presencia perfecta, sino la materia terrena, la que se agita. "Me voy sin haber dejado nada" -grita Landa al final, y es el grito del polvo que vuelve al polvo, sin solución de continuidad. El grito desgarrado frente a la nada.

Un hecho que emociona en **El tony chico** es la búsqueda de la paternidad de parte de Landa, que, cuando encuentra a Juanucho, vierte en él todo su afecto, del mismo modo que Tito, autor soltero, autor sin hijos, buscando talvez un hijo, vierte en ella su paternidad poética. Un ser nuevo y fresco, en quien verter el espíritu y el conocimiento. Un ser con quien emprender la gran aventura de la búsqueda mutua de las respuestas, y vencer de este modo a la muerte.

Amor y muerte, corporizados en los personajes de la obra. Por un lado Landa, Juanucho y la Emperatriz. Por el otro, Sonia, la Rucia y el Capitán, y sobre todos ellos, la gran carpa del circo, encerrándolos, no dejándoles escape. Los que entre ellos sufren, concentran el dolor en sí mismos, pero esparciendo, en torno de sí, una amorosa preocupación por los otros. Hermosa metáfora que surge de los labios de Marita: "...parece que fuera de amor, porque es una niña que se muere, pero se muere porque se enamora". ¿De qué amor se habla? ¿Del amor a la vida? ¿De amor a la muerte, a esa

muerte que permite trascenderse a sí misma, porque proviene como consecuencia de una vida bien vivida? ¿De Tito que, al escribir este **Tony chico**, ya intuía que nos iba a dejar? ¿Del Tito que nos había dejado su poesía, para poder irse tranquilo?

Dice Emperatriz, uno de sus personajes de esta obra: "...y el mundo llegaba a ser lo que es para todos nosotros: un planeta arrojado al azar en el cual debemos permanecer"...encima del cual existe ese otro espacio donde "los caminos se ordenan...y cortan los campos en espacios regulares y las montañas se engarzan como los eslabones de una cadena y todo va a desembocar en un mar que, desde allá arriba" -el siempre "arriba" de las visiones y añoranzas de Tito-..."no tiene ni ruido ni oleaje sino que es como un cielo, aún más quieto que el cielo, más profundo y más definitivo"...Y ese personaje que discurre así está inválido. Siendo sus piernas impedidas su dura realidad, es, sin embargo, su imaginación de nuevas y eternas bellezas, la vía que elige para proyectar su espíritu. Es capaz de adivinar en la candidez de la mirada de Juanucho y en la sufrida humanidad de Landa, el camino de la felicidad. ¿Será ésa la esperanza que nos obliga a quedarnos en "este planeta arrojado al azar"? ¿La esperanza que se encuentra en la mirada limpia de un niño?

Y frente a ella, el Capitán, la Sonia, la Rucia, entregados a sus existencias menguadas, grotesca manera de enfrentar la vida, sumidos en sus inexistencias.

Es Tito. Un poeta del Teatro. Un agorero luminoso, moviendo sus personajes entre ciénagas y luz. Un visionario, proyectado entre almas tortuosas y estrellas, buscando, casi agónicamente, los caminos de salvación del hombre. Una herida abierta sangraba siempre en Tito. La herida del hombre que él asumía y recogía en su espíritu. Cuando se durmió finalmente y nos dejó sumidos a todos en el estupor y la tristeza, se llevó su alma junto a su don Jecho pero nos dejó su rostro y su recuerdo y su obra fina y generosa, para añorarlo siempre y quererlo.

Tito estará siempre presente en el teatro chileno.